

Homilía Cardenal José Cobo Eucaristía de clausura del I centenario de la Alianza en Jesús por María

Querida familia, queridos hermanos y hermanas que venimos a celebrar con el corazón lleno y agradecido. Curiosamente, al venir hoy a la Iglesia, la Iglesia misma nos invita a elevar el espíritu y a disponernos, antes que nada, una certeza, y es que el Señor viene. Este tiempo que inauguramos es un tiempo de gracia, un tiempo donde podemos y tenemos la oportunidad de renovar la esperanza, de aliviar la fe y de disponernos, abrir las puertas del Señor, que viene de forma especial, que viene con más intensidad, que sigue viviendo en este tiempo.

Por eso, el Evangelio nos espabila a todos. Velad, porque no sabéis que día vendrá nuestro Señor. La vigilancia del confiante no nace del temor, la vigilancia nace del enamorado, de la enamorada, que espera, que espera al Amado.

Es el corazón atento que desea reconocer a Dios en los pasos de la historia, sabiendo, como en el amanecer, que el Sol y la Luz llegarán, siempre llegan. Hoy, esta llamada original, en la esperanza y en la convicción de que la Luz de Dios siempre se hace presente, tiene un matiz especial para todas vosotras, hermanas del Instituto Secular Alianza de Jesús por María, a celebrar con gratitud, nada más y nada menos que cien años de la existencia, un siglo, un siglo en el que el Señor ha querido escribir, a través de su carisma, el suyo, una hermosa página de santidad, secreta, fecunda y profundamente angélica. Un siglo de historia sí, un siglo de historia que es una luz, como os decía al principio, una luz que se debe convertir en esa lámpara que alumbra el presente, que alumbra este tiempo.

La historia no es simplemente para escribir, la historia es para verla con los ojos de la fe y que se convierta en lámpara que ilumine el presente y que ilumine el futuro.

Celebrar un centenario es contemplar con reverencia que conocer los desvelos y los comienzos humildes, los nombres silenciosos, las manos que se han entregado tantas horas, tantos sueños, tantos desvelos y tantos sacrificios que en cien años se han ofrecido en el mundo. El Instituto nace intentando ir por delante de su tiempo, una inspiración en espíritu para consagrar la vida en medio del mundo, para hacer presente la luz del Evangelio sin perder la sencillez y la cotidianidad de la vida.

Morir en sintonía con el veneno, morir en sintonía con lo que celebramos ya el día. En estos años encontramos y leemos un rasgo que de verdad cuando se lee nuestra historia es verdaderamente profeta. Entender que la santidad no es para los momentos extraordinarios ni para las cosas grandes, sino que la santidad se germina en lo pequeño, en el día a día en lo que parece insignificante.

Se abandona a Cristo en la tarea diaria. Durante cien años mujeres consagradas en esta alianza habéis sido levadura, sal y dulzura en los ambientes concretos, en nuestros lugares diferentes, donde a veces era la única forma de que se pudiera recibir y de reconocer el Evangelio no con grandes gestos, sino con el testimonio, con la forma de vida como Jesús nos envió a ser esa sal. Este carisma, Jesús como centro y María como camino, ha conformado el inicio del Evangelio y para seguir anunciando el Evangelio mediante el testimonio.

Vosotras descubristeis que Jesús no puede ser encerrado en los templos y lo hicisteis muy pronto. Descubristeis que Jesús camina con su pueblo y que María, la Mujer del Cielo, siempre nos invita a seguir y a caminar desde el servicio acompañando a Jesucristo en la misión. Y así habéis estado caminando con este color, Jesús el centro, María la guía, el mundo como el campo de misión y la vida, la vida maternal.

Este carisma que es de Dios nos recuerda vivir en la frontera a toda la Iglesia. El Evangelio en trocitos incluidos es el Evangelio más atento y es el mensaje que después de cien años seguís cultivando y presentando. Sí, el carisma, los cien años es una luz, lo que habéis descubierto nos ilumina ahora.

Y curiosamente nos puede ayudar a vivir este adviento concreto y este tiempo concreto. La Iglesia siempre ha reconocido en los Institutos Seculares un modo precioso, la posibilidad de vivir la consagración sin apartarse de la vida, sin apartarse de las realidades temporales. Es un modo muy singular, muy profético y muy auténtico de vivir la Encarnación, de llevar a Cristo a los vericuetos del mundo, de descubrirlo y de hacerlo presente en el trabajo, la cultura, en los espacios sociales y familiares.

Así, vuestro carisma, el regalo que habéis recibido del Espíritu, es un camino exigente y luminoso. Exigente porque pide una permanente unión con Cristo en medio de tantos desafíos de nuestro mundo y en cien años han pasado muchas cosas. Y ahí exige continuamente saber vivir la fidelidad.

Y luminoso porque configura el corazón según el estilo de María, ese sí generoso de María. Aquella María del “atiento” que sabe llenarse de Dios, que sabe custodiar, que sabe discernir y ponerse en camino hacia quien la necesite. Como recordaba frecuentemente el Papa Francisco, la vocación cristiana y de un modo especial la consagrada está llamada a ser un signo de esperanza para el mundo.

Y así vosotros estáis llamadas a ser la presencia silenciosa, pero no olvidéis que como la de María es transformadora porque vosotras portáis la carita de Dios y la alegría que brota del espíritu de vuestro carisma. Por eso quizás en este tiempo concreto, en este Adviento concreto, lo que también necesitamos de vosotras es el impulso para toda la Iglesia, no solo que os miréis sino que nos ofrezcamos y os ofrezcáis a ser puentes para que con vosotras aprendamos a ser artesanos de paz y no simplemente profetas de desgracias o gente que solo habla de lo negativo de la vida. Con vosotras necesitamos que la Iglesia sea compañera, compañera de camino, no vigilante sin la constancia, sin hombres y mujeres que se impliquen en el caminar de sus hermanos.

Este carisma es un don para toda la Iglesia y este carisma lo seguimos necesitando porque necesitamos que la Iglesia camine en Jesús con el corazón de María. Por eso este tiempo de Adviento con vuestros cien años, con la llama del corazón prendido, es un tiempo para despertar el corazón.

Hoy la liturgia nos exhortaba con fuerza a caminar al llamado del Señor, como hemos dicho, en tiempos de oscuridad, de confusión, de cansancio espiritual, de convulsiones, de perecimiento, como también decís.

El Adviento se convierte en una llama para el Instituto y para toda la Iglesia. Despertad, despertad. No podemos acostumbrarnos a vivir adormecidos, distraídos o envueltos en la rutina.

El Adviento nos ayude no solo a mirar al pasado, sino a mirar al futuro que es de Cristo. Y nos recuerda que siempre Dios viene al encuentro y que Dios cumple su promesa. Despertad para vivir la esperanza.

Y la esperanza mirada en los ojos de María es saber qué aunque no se vea con claridad, lo que Dios ha dicho se cumplirá. El plan de Dios se realizará. De modos diversos, pero se realizará.

Por eso, este tiempo de Adviento para vosotras y para toda la Iglesia es un espejo. Un espejo donde podéis ver y podemos ver vuestro propio carisma. Ante la promesa de Dios, vivid en actos de espera vigilante, abiertos a la voluntad del Señor, pero siempre sirviendo, no olvidando nuestro servicio, la disponibilidad y el ponerse en camino como María.

Ser mujeres del Adviento significa estar siempre listas para acoger a Cristo en la historia completa de cada Sí, acostumbrarse. Por eso, celebrar hoy 100 años es prepararnos para los próximos 100 años. Sí, como hicieron las primeras.

Ahora, os toca a vosotras conservar el tesoro, la esperanza y la alegría de aquellas mujeres. Gracias a ellas estáis aquí. Y gracias a vosotros la Iglesia seguirá orando en casa.

Y la Iglesia verá otros 100 años más. Porque un centenario no es un menú, es un umbral que hay que traspasar. La Iglesia os pide mantener viva la fidelidad, pero ser creativas como María en el Adviento.

Os pide ser fieles al carisma fundacional, pero creatividad para encarnarnos en este momento de un mundo que ha cambiado mucho desde hace 100 años. Se necesita vuestra confianza y vuestra decisión para, como María salir y ponerse en marcha. Hoy se necesitan consagradas capaces de leer los signos de los tiempos, de dialogar con la cultura actual, de ofrecer presencias con las fuerzas que se tengan, pero presencias cercanas, humildes y misericordiosas.

Ese es vuestro carisma. Y esa es la previsión del futuro. Únanse para que nos ayuden a todos a ofrecer a Cristo a los que están lejos.

Un testimonio para ofrecer consuelo a veces desde el silencio, pero siempre una luz que ilumine al mundo en medio de las sombras. Por eso, este centenario es un envío que os hace a todos los que estáis aquí, a toda la familia y a todos los que os conocen. Un envío, un envío para no quedarnos en la inocencia, para ver que aquí no es distinto, pero al que estáis llamadas, seguid llamadas, para afrontar el futuro con cercanías, que tengáis así el talento de Dios, para afrontar el futuro con ternura, para afrontar el futuro con alegría misionera y con coraje, con coraje, para ir especialmente a los preferidos del Señor, que son los más pobres que habitan los portales de Belén de todo nuestro mundo.

María, cuando escuchó la voz del Ángel, se puso en camino. Esa es nuestra bondad y ese es vuestro envío. Sin más que sentirnos plenos de Dios, ponernos en camino, sin más meta que la esperanza de que la promesa de Dios se cumplirá.

Que María, modelo perfecto de consagración, os impulse a caminar con un renovado ardor para preparar otros años que vendrán. Que ella, mujer de la esperanza, sostenga siempre vuestros pasos. Por eso vamos a dar gracias, por estos cien años de servicio y de fidelidad.

Que el Señor renueve vuestros esfuerzos. Que este Adviento sea para vosotros un nuevo comienzo, un tiempo para ponernos en marcha y reanimar el primer amor y para escuchar de forma nueva la voz del Espíritu y acoger la misión como el primer día. Es tiempo del primer día.

Que Jesús, fundamento de esta Alianza, siga siendo vuestra luz. Que María, Madre mía, Madre vuestra, os conduzca con ternura y que el Dios de la esperanza colme vuestras vidas de paz y de luz.

Transcrito por [TurboScribe.ai](https://www.turboscribe.ai). Corregido por Isabel